

No es una cosa tan frívola como algunos piensan, la Lotería de Navidad desempeña un importante papel en nuestra decoración navideña y, como todo ese conjunto de tradiciones más o menos antiguas, se inspira en la más cristiana filosofía.

También la Lotería hace su juego, juega con el factor sorpresa, con lo inesperado, con lo inmerecido. Reparte un tesoro que a nadie es debido. Y lo reparte con mucha gracia, a la buena de Dios.

Como la Lotería, eso mismo ni más ni menos, es Navidad. Para la humanidad en general, exceptuando la ^{pequeña} minoría de creyentes del pueblo judío, la redención era algo inconcebible, inesperado. En el mismo Israel muchísimos creerían que esa redención era un mito nacional. Y todos empezando por los poseedores de una fe inconvertible, la habrían juzgado inmerecida si hubieran tenido idea de su desconcertante precio. Profetas ilustres, evidentemente inspirados por Dios, se habían pasado la vida escrutando el horizonte y haciendo cálculos, pero en la noche del Nacimiento sólo velaban la Virgen y San José, o sea dos personas, una más que, en el momento de la encarnación de Jesús, nueve meses antes. El mundo entero había sacado la lotería y de ella se aprovecharían todos los hombres de buena voluntad. El resultado fué proclamado y divulgado con admirable moderación, con exquisito tacto, sólo a unos cuantos pastores, a los más puros e inocentes.

El mundo estaba tan enfermo que, de haber sido capaz de comprender el acontecimiento, habría enloquecido. Fue divulgado a unos pocos porque Dios no tiene prisa. Día llegaría de anunciar como un hecho siempre comprobable que la gracia del nacimiento espiritual es derramado a todas horas y de una manera particularmente eficaz en la noche de Navidad.

Que nadie diga que comparo el misterio de Navidad con la Lotería, aquella inmensa sorpresa con esta pequeña sorpresa, aquel derroche de caridad con un engatusamiento. ¡No, no! Oh, no; nada de eso! Sólo digo que la Lotería de Navidad es de inspiración religiosa. Y afirmaría que el lenguaje de los números no es capaz de mayor elocuencia en el intento de glorificar a su manera las Navidades. Y aunque parezcan tan fríos y desalmados, los números copian, según su estilo, los factores de la poesía navideña: la sorpresa y la generosidad.

En Belén esa generosidad es el amor divino, la caridad que se ofrece hasta la futura muerte de un Dios hecho hombre, niño aún en Belén. Ese amor modelará a muchos hombres y transformará al mundo y contra él lucharán siempre los mortales que sean incapaces de entender lo que significa vivir en paz con Dios y con su propio corazón. Cada fiesta de Navidad intentará profundizar ese misterio de caridad de Belén y todo el folklore navideño, la tradición de la limosna doblada, la lotería, los sobresueldos y propinas que favorecen mucho más espléndidamente a los magnates de las grandes empresas que al basurero-, los regalos a los niños y mayores, el prurito

de estrenar algo el día de Navidad, el "Père Noël" de los fran- (3)
ceses, el Christmas, inglés, el árbol germánico, el San Nicolás italiano, nuestro
"tío" y nuestro brasero y la generosidad de nuestros Reyes Magos, incapaces
de la menor fatiga a pesar de venir de lejanas tierras y de transitar por
tantos balcones y ventanas, todo eso emocionante folklore se inspirará
en la sorpresa y la generosidad de Belén.

Supongo que habrán filosofado ustedes sobre lo que en catalán llama-
mos las "estrenes", o sea la propina de Navidad. Como la Lotería, se apoya
también en la sorpresa y la generosidad. No se da a fin de año como resul-
tado de un balance beneficioso: es un regalo de Navidad, un reflejo de la
caridad de Belén que nos une a todos. No es debida a nadie la propina
navideña, ni todas las empresas están en condiciones de resistirla moral
o materialmente, pero desconfiad del gerente que rompe con la tradición: su
cordialidad se dará también a la fuga en los momentos más críticos. Tampoco
el comunista ofrece la propina de Navidad, porque el negocio es el ne-
gocio y él es materialista.

La Lotería de Navidad es una de tantas manifestaciones del folklore
de la gran fiesta. La inventaría algún personaje del Ministerio de Hacienda,
pero ese personaje, ministro o alto funcionario, era muy cristiano. Irrepro-
chable, tanto en sus sentimientos como en su ciencia de los números, hace
aún el milagro de que el Estado derrame la felicidad a manos llenas sobre
un privilegiado o unos privilegiados sin que en esa operación la Hacienda
pierda ni un céntimo! Tuvo, además, el inventor de la Lotería la piadosa
idea de que precediera de algunos días a las Navidades, sin duda a fin de q

que, favoreciendo con estricta puntualidad a los elegidos, se logre de paso librar a la inmensa mayoría de una vana ilusión que podría contaminar entre otros sentimientos más puros que la fiesta ~~trae~~ consigo.

La Lotería de Navidad debe ser una reminiscencia de aquellos repartos de moneda que en otras épocas eran distribuidos al voleo desde los balcones de los palacios. Probablemente el sistema fué abandonado a causa de la imposibilidad de repartir millones sin perturbar el orden público y la buena marcha de la Hacienda. Organizada tal como está, la Lotería de Navidad permite que hasta los más puros filósofos puedan permitirse el lujo de capitular en silencio. La delicadeza del procedimiento consiente también que el comunista más farruco medite sobre los absurdos estragos de una inoportuna colectivización.